

# IBN JALDÚN:

*adulador y crítico de los árabes*

Roger Le Tourneau\*

**E**ntre otras conmemoraciones, este año se celebra el 600 aniversario de la muerte en el Cairo de un gran pensador, Ibn Jaldún (1332-1406). Geógrafo y autor de una historia universal, ha sufrido un largo olvido después de su redescubrimiento en el siglo XIX, cuando Francia intentaba la conquista de la África septentrional. En 1966, el profesor Roger Le Tourneau, gran conocedor de Argelia y del Magreb, publicó en la *Revue de l'Occident Musulman et de la Méditerranée (1966-2)* el texto que Istor ha seleccionado para sus lectores. Leer a Le Tourneau y a Ibn Jaldún es tomar la medida de un pensamiento singular, mayor y universal.

Abd-ar Rahman Ibn Jaldún era de origen árabe. Su familia había dejado Arabia del Sur, la Arabia de los sedentarios, desde el siglo VIII para establecerse en España, en Carmona primero, y luego en Sevilla, en donde no tardó en colocarse entre las familias más visibles de la ciudad, ya sea porque había desempeñado un papel político, en particular a finales del siglo IX, cuando Sevilla se separó del emirato omeya durante algunos años, ya sea porque había dado origen a algunos intelectuales de marca.

Esta familia emigró a África del Norte varios años antes de la toma de Sevilla por parte de los castellanos en 1248, y pronto se instaló en Túnez, al haber tejido provechosas relaciones con el soberano Abu Zakariyya, el primero de esta dinastía.

De origen árabe y de tradición andaluza pero, criado en Túnez, en donde nació el 27 de mayo de 1332, en un medio arabobereber y en el seno de una familia de intelectuales: éstos son los componentes esenciales de la personalidad de Ibn

---

\* Traducción de Arturo Vázquez Barrón (CPTI).

Jaldún. Hay que añadir que su vida aventurera lo llevó a circular por todo el Magreb e incluso en lo que quedaba de la España musulmana, y que tuvo contacto directo con lo que nos interesa actualmente, es decir, con el problema de los árabes, examinado por él sobre todo desde la perspectiva norafricana.

Sin embargo, hablar de los árabes en el Magreb es hablar de dos realidades muy disímiles, puesto que el Magreb recibió dos aportaciones árabes, muy diferentes una de la otra. La de los siglos VII y VIII, es decir, la de la conquista, se componía de un número relativamente pequeño de individuos, todos ellos adultos de sexo masculino. Algunos de ellos habían nacido en el desierto y allí habían vivido su juventud, pero tal vez estaban lejos de constituir la mayoría, pues los ejércitos de invasión del feneciente siglo VII ya no eran para nada los de la época del califa Omar. A los beduinos famélicos de las primeras conquistas se habían añadido en número creciente sedentarios de Siria, de Irak, de Egipto, ciudadanos o campesinos, adeptos del islam y arabizados, pero formados en las costumbres y en la mentalidad de la vida sedentaria. Así vimos instalarse en África del Norte a gente que fundó ciudades, en vez de destruirlas, que protegieron la agricultura y no favorecieron para nada el desarrollo de la crianza, en pocas palabras, gente que, sin desearlo y tal vez sin saberlo claramente, retomaba la política que los romanos habían practicado ahí durante siglos. Después de las convulsiones de mediados del siglo VIII, que pusieron fin al poder del imperio omeya en África del Norte, la emigración oriental siguió adelante en forma muy sutil, llevando a representantes de las facciones vencidas a Oriente: shiitas y a menudo hasta descendientes de 'Ali, como el famoso Mulay Idris, fundador de Fez, omeyas, sobre todo en España, kharijitas que huían de la persecución abasí. Cualquiera de estos individuos pudo haber desempeñado un papel político o religioso muy importante, pero ninguno modificó seriamente el tono general de esta primera emigración árabe, emigración poco numerosa y emigración de cuadros, en gran parte de ciudadanos.

Las cosas duraron así hasta mediados del siglo XI. Entonces reinaba en Ifriqiya, Túnez en la actualidad, una familia bereber, los Ziríes, que costase lo que costase reconocían la soberanía del califa fatimí de El Cairo. En 1048, probablemente, el soberano o virrey zirí, el-Mu'izz, decidió poner fin a dicha soberanía. El Estado fatimí era entonces demasiado débil como para intentar una expedición de castigo; por ello encontró otro medio para vengarse.

Entre el Nilo y el Mar Rojo vivían entonces unas tribus beduinas, expulsadas de Arabia por su turbulencia, las Banu Hilal y Banu Sulaym, entre otras, cuya presencia resultaba muy penosa para los campesinos del valle del Nilo, ya que los nómadas a menudo venían a saquearlos. El visir fatimí de entonces imaginó soltarlos en el Magreb y obtuvo el acuerdo de su soberano. No sólo se invitó a estos beduinos a irse, sino que el tesoro fatimí les proporcionó incluso una pequeña indemnización de expatriación. Fue como matar dos pájaros de un tiro: liberar a los ribereños del Nilo de sus molestos vecinos y tener garantizada su venganza.

Tribus enteras se pusieron en camino con mujeres, niños, abuelos, animales y material para acampar. Algunos se detuvieron en el camino, en Cirenaica en particular, en donde todavía siguen constituyendo uno de los elementos esenciales del proceso de población (1050). Pero la mayoría llegó a Ifriqiya por la región de Gabes (1051). El soberano zirí intentó detener esta marea creciente, pero en cada encuentro –el último tuvo lugar ante los muros de Qairuán– sus tropas fueron vencidas y los árabes se quedaron como los amos del terreno (1052). La marea seguía subiendo y, en 1057, los ziríes abandonaron Qairuán, amenazada con morir asfixiada, y se fueron a refugiarse sobre el litoral en donde subsistieron durante un siglo.

De Ifriqiya, los árabes se extendieron hacia las altas planicies de Constantina, en donde asfixiaron poco a poco la Qal'a de los Banu Hammad, igual que habían hecho con Qairuán algunos decenios antes (1090). De ahí, llegaron poco a poco a las altas planicies argelinas y oranesas; a algunos los almohades los llevaron por la fuerza en la segunda mitad del siglo XII. Puede decirse que en el siglo XIII estaban por toda África del Norte, con excepción de los principales macizos montañosos y de ciertas regiones litorales que siguieron siendo por entero bereberes.

¿Cuántos eran en el momento de su llegada? Los cronistas de lengua árabe han propuesto las cifras más contradictorias. Probablemente sea razonable y prudente proponer la vaga cifra de algunos cientos de miles, y no hay que olvidar que la infiltración árabe en el Magreb duró hasta el siglo XIV. Cuando Ibn Jaldún vino al mundo, la corriente acababa de detenerse.

Semejante aportación no podía dejar de acarrear muchas consecuencias demográficas primero, pues los árabes se unieron muy rápidamente a las poblaciones bereberes mediante lazos de sangre, para dar nacimiento a la población arabobereber, ya para entonces dominante en el Magreb. Consecuencias lingüísticas, pues

estos beduinos expandieron la lengua árabe, y, más exactamente, sus dialectos árabes, mucho más ampliamente que antes: poco a poco los hablantes de árabe fueron mayoría, al menos en Túnez y en Argelia, ya que las regiones montañosas y las islas como Djerba seguían estando pobladas por hablantes de bereber.

Sea cual fuere la importancia de estas consecuencias, no insistiremos en ellas, porque no llaman mucho la atención de nuestro autor. Por el contrario, se explaya sobre las secuelas económicas y políticas de la presencia de los árabes. Tiende a compararlos con el vuelo de los saltamontes,<sup>1</sup> que lo destruye todo a su paso; los muestra saqueando y destruyéndolo todo a placer. Que los árabes se hayan entregado a tales excesos es plausible: lo sabemos por Qairuán y todavía no hace mucho tiempo que las madres ciudadinas que deseaban provocarle miedo a un niño insoportable le decían: “ya verás, ¡te voy a regalar a los árabes!”. Pero sobre todo es cierto que transformaron profundamente la economía magrebina al darle preeminencia a la ganadería sobre la agricultura y al perturbar los circuitos económicos anteriores. Puede admitirse que, si bien no arruinaron el Magreb, lo empobrecieron seriamente al quitarle a la agricultura superficies considerables que, destinadas a una crianza extensiva, proporcionaron rendimientos mucho menores. En este sentido, Ibn Jaldún tiene razón. Varias ciudades sufrieron gravemente por esto, en particular Qairuán, que nunca se recuperó por completo y la Qal’a de los Banu Hammad, de la que sólo quedan ruinas.

En la época de Ibn Jaldún, la influencia política de los árabes estaba en su apogeo. Cada una de las tres dinastías que compartían el Magreb, Hafsidas, Abdeluadidas y Merinitas, no podía prescindir del apoyo de ciertas tribus árabes, porque ninguna de ellas era capaz de mantenerse ni, con mayor razón, expandirse por sus propios medios. Pero estos árabes sin raíces profundas en el país, sin tradiciones y alianzas ancestrales, formaban mezclas muy inestables, pasaban de un campo a otro, de un pretendiente a otro, con lo que acentuaban, sin desearlo y de acuerdo con sus intereses del momento, la tendencia bereber a la dispersión política. Ibn Jaldún se encontró en las mejores condiciones para estudiar este fenómeno, ya que conoció todas las cortes de su época y a menudo ocupó en ellas importantes funciones que facilitaban su documentación. También vivió en me-

---

<sup>1</sup> *Histoire des Berbères*, trad. de Slane, I, 34.

dio de tribus árabes, ya sea en la región de Biskra, ya sea en la de Frenda, y los vio vivir desde dentro. Su documentación es pues de primera mano, ya sea que utilice documentos escritos, o que requiera de su experiencia de hombre de acción.

Consignó sus observaciones en la parte de su gran historia que llamamos *Historia de los bereberes*, pero que en realidad empieza con un desarrollo sobre las tribus árabes del Magreb en más de 160 páginas en la famosa traducción de Slane; además, en el curso de sus exposiciones ulteriores, a menudo retoma el papel de los árabes en el desarrollo de la historia magrebí.

Les consagró de igual manera un muy interesante capítulo en la parte de su obra que llamamos *Prolegómenos* (*Muqaddimah*, en árabe). Se trata de una introducción de gran amplitud a su historia general; Ibn Jaldún la usa para presentar a sus lectores las reflexiones de conjunto que le sugirió el estudio de las sociedades cuya historia relata: reflexiones sobre la influencia del clima, sobre la sociedad beduina, sobre los Estados y el poder, las ciudades y las capitales, la vida económica y, por último, sobre la vida intelectual de los grupos humanos, en cuya existencia él participó a lo largo de toda su carrera.

Esta obra considerable, escrita en un estilo muy conciso, a veces demasiado incluso para el lector árabe, aunque vigoroso, abunda en reflexiones originales de todo tipo sobre las diferentes clases de sociedades que pueden encontrarse en el mundo musulmán. No nos ocuparemos más que de la segunda parte, la que trata de la sociedad beduina, en donde el autor reunió lo esencial de sus reflexiones sobre los árabes beduinos.

Sé muy bien que no se trata sólo de los árabes; en muchas ocasiones Ibn Jaldún ilustra sus teorías tomando ejemplos ajenos a ellos: kurdos, turcos, turcomanos, bereberes sedentarios o nómadas del Magreb. Pero los árabes, si se me permite, no dejan de ser el personaje principal y siempre es en ellos, y más precisamente tal vez en los árabes del Magreb, en quienes piensa al esbozar sus planteamientos.

Estos árabes le inspiran sentimientos contradictorios de admiración y de reprobación inapelable por razones que intentaremos esbozar. Pero antes es conveniente analizar las páginas que Ibn Jaldún consagró al respecto.

Primero, insiste en el carácter formador de la vida en el desierto. “Las comunidades que subsisten criando camellos viajan más que las demás y penetran más en

el desierto. Están obligadas a hacerlo, en vista de que los pastizales, la hierba y los macizos en las altas mesetas no son suficientes para alimentar sus manadas. Los camellos necesitan paecer los arbustos del desierto, beber las aguas salobres que ahí se encuentran y recorrer esta región durante el invierno con el fin de evitar el frío y disfrutar de un clima tibio; encuentran en estas planicies arenosas lugares en donde pueden parir. Se sabe que los camellos jóvenes, desde el momento en que nacen hasta que llega el destete, son extremadamente difíciles de criar, y que el calor les resulta por completo necesario. La gente de la que hablamos está pues obligada a realizar largos recorridos con sus manadas. A veces echada fuera de las altas planicies por los grupos que anteriormente las ocuparon para cuidar estas fértiles regiones, se ven obligados a huir hacia las partes más recónditas del desierto para evitar el justo castigo a sus malas acciones. Por eso son los más huraños de los hombres y los habitantes de las ciudades los miran como animales salvajes indomables y rapaces. Esos son los árabes y otros pueblos con las mismas costumbres (...) Los árabes están, no obstante, más acostumbrados a la vida del desierto y realizan trayectos más largos que las demás razas nómadas, porque su ocupación exclusiva son los camellos (...) La existencia de la raza árabe es pues un hecho que es conforme a la naturaleza y que necesariamente debe presentarse en el curso de la civilización humana.”<sup>2</sup>

Aparece la palabra que le importa a Ibn Jaldún: la existencia de los árabes es algo natural; júzguese como se quiera, es un hecho que debe admitirse, porque el tipo de vida de los árabes, y en consecuencia su comportamiento, está inscrito en la historia de la evolución de la humanidad.

Conforme a la naturaleza de las cosas, los árabes están bien adaptados a su dura vida. ¿Es un halago de parte del autor? ¿Es una simple constatación? En todo caso nos los muestra siempre alertas y al acecho: “Los beduinos (...) se mantienen alejados de los grandes centros de población: habituados a las costumbres hoscas que se adquieren en las vastas llanuras del desierto, evitan la vecindad de poblaciones a las que los gobiernos establecidos han confiado el cuidado de sus fronteras, y rechazan con desprecio la idea de protegerse tras murallas y puertas; lo bastante fuertes para protegerse por sí solos, jamás confían en los demás su defen-

---

<sup>2</sup> *Prolegómènes*, trad. de Slane, II, 2.

sa y, siempre con las armas, muestran, en sus expediciones, una vigilancia extrema. Nunca se abandonan al sueño, excepto durante breves momentos en sus reuniones nocturnas, o mientras van viajando, montados en sus camellos; pero siempre mantienen el oído atento para captar el menor signo de peligro. Retirados en la soledad del desierto y orgullosos de su poder, se confían a sí mismos y muestran con su conducta que la audacia y la valentía se les volvieron una segunda naturaleza. A la primera alerta, al primer grito de alarma, se lanzan en medio de los peligros, confiados en su valor.”<sup>3</sup> Y un poco más adelante: “Un pueblo criado desde joven en el temor y la sumisión no se jacta de su independencia; por eso encontramos en los árabes medio salvajes que se entregan a la vida nómada un grado de valentía muy superior a aquel del que son capaces los hombres civilizados. Un pueblo que, desde muy joven, ha vivido bajo control de una autoridad que procura formar sus hábitos y enseñarles las artes, las ciencias y las prácticas de la religión, pierde mucha de su energía y casi nunca intenta resistirse a la opresión.”<sup>4</sup>

Ya se perfila una de las ideas clave de Ibn Jaldún en la materia: los árabes son salvajes que llevan una vida natural, en suma, muy cercana, en muchos aspectos, a la de los animales; pero, como los animales, siempre están al acecho, listos para tomar riesgos, el riesgo de su vida, y hoscamente celosos de su independencia, mientras que los civilizados casi nunca son capaces de resistirse a la opresión.

Pero veamos que llega aún más lejos: “Entre las tribus del desierto”, escribe Ibn Jaldún, “las hostilidades cesan en el momento en que se oyen las voces de sus ancianos y de sus jefes, a los que todos profesan el más profundo respeto. Para proteger sus campamentos de sus enemigos externos, cada tribu tiene una tropa de élite compuesta por sus mejores guerreros y por la gente joven más distinguida por su valentía. Pero este grupo nunca sería lo suficientemente fuerte para rechazar ataques, a menos de que perteneciera a la misma familia y de que tuviera, para animarla, la misma idea de solidaridad. Eso es precisamente lo que vuelve a las tropas compuestas por árabes beduinos tan fuertes y tan temibles; cada combatiente no tiene más que un solo pensamiento, el de proteger a su tribu y a su familia.”<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, II, 5.

<sup>4</sup> *Ibid.*, II, 6.

<sup>5</sup> *Ibid.*, II, 7.

La razón de que este sentido de la solidaridad sea tan vigoroso es que las tribus árabes que se quedaron en el desierto mantuvieron la pureza de su raza: “Aunque el desierto sea un lugar de penurias y de hambre, estos pueblos terminan por acostumbrarse a él y crían una nueva generación para la cual la facultad de soportar el ayuno y las privaciones se ha vuelto una segunda naturaleza. Ningún individuo que pertenezca a otra raza tiene ganas de compartir su suerte ni adoptar su manera de vivir; es más, estos mismos nómadas cambiarían de estado y de posición si tuvieran la posibilidad de hacerlo. Su aislamiento es pues una garantía contra la corrupción de la sangre que resulta de las alianzas pactadas con extranjeros. Entre ellos, la raza se conserva en su pureza (...) En efecto, estos pueblos llevan una vida de privaciones y habitan una región en donde no hay cereales ni ganado. Una gran distancia separa su territorio de las tierras fértiles de Siria y de Irak; no se acercan a los países que producen trigo o los condimentos que realzan el sabor de la comida; por eso su raza ha permanecido pura y sin sospecha de haberse mezclado.”<sup>6</sup>

Por supuesto, es posible discutir estas afirmaciones categóricas sobre la pureza de la raza y, admitiendo que existiera, sobre las consecuencias morales y sociales que le da Ibn Jaldún. Pero lo que nos interesa aquí es la doctrina del autor en la materia, y ésta queda perfectamente clara: los árabes nómadas, debido a su forma de vida y a su unidad étnica, dan prueba de un sentido de la solidaridad muy superior a casi todos los demás.

Provistos de todas estas cualidades –que sin duda alguna Ibn Jaldún admira, a pesar de la austeridad dogmática de sus desarrollos–, los árabes son más aptos que cualquier otro pueblo para lanzarse a la conquista. Vuelvo a citar: “Las conquistas sólo se efectúan mediante la audacia y la valentía; así que todo pueblo acostumbrado a la vida nómada y a la rudeza de costumbres que se adquiere en el desierto podrá vencer con facilidad a otro pueblo más civilizado, aunque éste sea igual de numeroso y fuerte debido a su sentido de la solidaridad. Vean lo que aconteció a las tribus que bajaron de Mudar cuando se enfrentaron con los himyares y los kahlans, pueblos que habían logrado, antes que ellas, fundar reinos y vivir en la abundancia.”<sup>7</sup> Y llega a la conclusión –es el título de un capí-

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, II, 9.

<sup>7</sup> *Ibid.*, II, 16.

tulo entero—<sup>8</sup> de que “los pueblos más salvajes llevan a cabo las conquistas más extensas”.

En resumen, no creo deformar el pensamiento de Ibn Jaldún al decir que admira las cualidades naturales de estos grupos de presa que son las tribus árabes beduinas. Las admira con la nostalgia de un ciudadano muy civilizado y cultivado que ha adoptado otras costumbres, otros comportamientos, y que, a veces, se siente muy torpe si por casualidad se ve obligado a comportarse como hombre del desierto; entonces se vuelve sensible a la desenvoltura del beduino, a sus cualidades naturales de sólido animal formado por siglos de vida en una naturaleza que no perdona la menor debilidad, y, por el contrario, se siente desagradablemente impresionado por los agrupamientos o individuos que, al lograr una vida menos ruda, pierden sus cualidades, se corrompen por los efectos de la facilidad y, a su vez, se vuelven una presa fácil para aquellos que siguieron siendo salvajes y de ese modo preservaron sus cualidades nativas.

Porque las tribus beduinas, una vez que “han llegado”, no dejan de estar expuestas a numerosas vicisitudes de las que Ibn Jaldún da muchos ejemplos en los capítulos de su *Histoire des Berbères*, dedicados a los árabes. Aquí tenemos algunos.

Primero, los tawbas, que, en una época sin precisar, “al encontrarse demasiado débiles como para ir a visitar los pastizales del desierto, renunciaron a su antiguo oficio de criar camellos [el oficio noble por excelencia para un nómada] para encargarse del cuidado de los borregos y los bueyes. Bajaron entonces al rango de las tribus sometidas al impuesto [el colmo de la decadencia para un nómada] y tuvieron que proveer tropas al sultán cuando lo requiriera”.<sup>9</sup>

Luego, peor aún, los dahaks nómadas, que “siguieron frecuentando el Zab hasta que los sometieron Mas’ud b. Zamman y los dawawidas. Después hicieron causa común con sus vencedores; pero, obligados más tarde, por sus debilidades, a renunciar a la vida nómada, se establecieron en el Zab y ahí construyeron ciudades en las que todavía se mantienen hoy”.<sup>10</sup>

---

<sup>8</sup> *Ibid.*, II, 21.

<sup>9</sup> *Histoire des Berbères*, I, p. 54.

<sup>10</sup> *Ibid.*, I, 56.

También los latifes, que, al no entenderse, son presa fácil de otras tribus árabes: se someten, construyen aldeas y ciudades y se vuelven sedentarios, pero no del todo como los demás, como lo apunta Ibn Jaldún: “sostenidos por el recuerdo de su antiguo poder, conservan su orgullo hereditario y, protegidos por sus aldeas, están constantemente en guerra con sus vecinos”.<sup>11</sup>

Al lado de estas tribus envilecidas, el autor nos muestra otras que, al haberse mantenido sanas en el sentido que él lo entiende, desempeñan a veces un papel de primer orden, como los djuchams en la época de la decadencia almohade (mediados del siglo XIII): “fuertes debido a su número y animados por el sentido de independencia que habían adquirido durante su antiguo tipo de vida, se dieron a la tarea de dominar el imperio, de empujar a los príncipes de sangre a la insurrección, de mostrarse a veces amigos y a veces enemigos del califa de Marruecos [Marrakech] y de dejar por todas partes las huellas de sus devastaciones”.<sup>12</sup> Pero un siglo más tarde, estos árabes saciados se dejarán vencer y a su vez se volverán unos pobres sedentarios “sometidos al impuesto” y proporcionarán “hombres para servicio del sultán” meridina.

Citaremos otro ejemplo, el de los khults o khluts, tribu árabe establecida en la costa atlántica de Marruecos a finales del siglo XII en la región de Rabat y Sale. Cuando los meridinas tomaron el poder, el soberano de esta dinastía, Abu Yusuf, se casó con la hija de un jefe de los khults. Por eso los principales personajes de esta tribu disfrutaron por algún tiempo de gran influencia en la corte meridana, y uno de ellos, Zamman b. Ibrahim (mediados del siglo XIV), nos es presentado de la siguiente manera: “disfrutaba de enorme poder y vivía en los placeres: el sultán, con quien estaba en términos de gran familiaridad, siempre le asignaba en las audiencias públicas un lugar cercano al suyo.”<sup>13</sup>

Ahora bien, a finales de ese siglo, veamos cómo presenta Ibn Jaldún a esta orgullosa tribu: “Los khults ahora han desaparecido de la Tierra, como si jamás hubiesen existido: durante dos siglos, ocuparon vastos campos y disfrutaron de abundancia y bienestar; pero este desahogo, junto con el poder que habían ad-

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, I, 57.

<sup>12</sup> *Ibid.*, I, 51.

<sup>13</sup> *Ibid.*, I, 67.

quirido y las costumbres de indolencia que acababan de obtener, los llevó por último a su perdición, y algunos años de hambre fueron su ruina.”<sup>14</sup>

Así, según nuestro autor, las tribus árabes instaladas en el Magreb y puestas en contacto con una civilización urbana bastante refinada, dan la impresión de deteriorarse, de descomponerse muy de prisa bajo la influencia corrosiva de dicha civilización.

¿Debe entonces admitirse que sólo la vida nómada mantiene a los grupos sociales con su pleno vigor, y esto querría decir que Ibn Jaldún condena el camino hacia lo que él mismo llama “la civilización” y desea el mantenimiento integral de la vida nómada, e incluso el regreso a la vida nómada? De ninguna manera, ya que tiene demasiado respeto por los hechos y por la evolución natural de las cosas. Está convencido de que, en cualquier época, la civilización se ha desarrollado de una o de otra manera, pues es uno de los frutos ineluctables de la humanidad, así como la vida en el desierto es otra fatalidad humana. Entonces sería vano y pueril rebelarse contra los mecanismos puestos en marcha por Dios y tratar de hacerlos ir hacia atrás, porque el hombre no puede hacer nada en contra de los designios y la voluntad de Dios. Si empleo este vocabulario cargado de divinidad es porque el mecanismo social perfectamente analizado por Ibn Jaldún es, según él, de origen divino y sólo tiene la posibilidad de existir por la voluntad de Dios. La vida nómada y sus consecuencias, la civilización y sus consecuencias, todo ello entra en un único plan que el hombre debe admitir, incluso si no comprende bien su economía general. El pensamiento de nuestro autor en este punto es perfectamente claro y constante.

Y de hecho, los árabes, si bien son ricos en cualidades eminentes, tienen también abundancia de defectos execrables a los que el autor consagra los últimos capítulos de su disertación sobre la vida beduina. En primer lugar, son unos saqueadores inveterados: “La hosquedad natural de los árabes hizo de ellos una raza de saqueadores y bandoleros. Cada vez que pueden obtener un botín sin correr peligro o sostener una pelea, no dudan en apoderarse de él y en regresar lo más pronto posible a la parte del desierto en donde hacen pacer sus rebaños (...) Las tribus [bereberes] se mantienen protegidas de los insul-

---

<sup>14</sup> *Ibid.*

tos, en sus montañas escarpadas, y desafían la mentalidad devastadora que anima a los árabes. En efecto, éstos no se atreverían a atacarlos en ese lugar; tendrían que trepar por abruptas colinas, seguir caminos casi intransitables y exponerse a los peores peligros. En las planicies las cosas son diferentes: si no hay tropas para cuidarlas, y si el gobierno establecido muestra debilidad, se vuelven presa de los árabes, la arrebatiña con la que se sacian. Estos nómadas renuevan sus incursiones por las planicies y, como son capaces de recorrer su extensión muy fácilmente, se entregan al saqueo y a los actos de devastación, hasta que los habitantes se resignan a aceptarlos como sus amos. La posesión de estas desdichadas tierras pasa después de una tribu a otra; todo se desorganiza, y la civilización desaparece por completo.”<sup>15</sup>

En efecto, los árabes no se limitan a saquear, dice Ibn Jaldún, casi destruyen todo lo que representa la civilización en los países en los que se establecen. Esta idea se desarrolla en una página muy famosa: “Las costumbres y los usos de la vida nómada hicieron de los árabes un pueblo rudo y hosco. Lo burdo de las costumbres se volvió para ellos una segunda naturaleza, un estado en el que se sienten a gusto, porque les garantiza libertad e independencia. Tal disposición se opone al progreso de la civilización. Trasladarse de un lugar a otro, recorrer los desiertos, ésa es, desde los tiempos más remotos, su ocupación principal. Así como la vida sedentaria resulta favorable al progreso de la civilización, del mismo modo la vida nómada le resulta desfavorable. Los árabes necesitan piedras para usarlas como soporte para sus marmitas, y degradan las construcciones para procurárselas; necesitan madera para hacer estacas o sostenes de tiendas, y destruyen los techos de las casas para obtenerla. Por la naturaleza misma de su vida, son hostiles a todo lo que está edificado; ahora bien, construir edificios es el primer paso hacia la civilización. Éstos son los árabes nómadas en general (...) Agreguemos que pasan por alto todas las responsabilidades del gobierno; no hacen nada para impedir los crímenes; no se ocupan de la seguridad pública; su única preocupación es sacarle dinero a sus súbditos, ya sea mediante la violencia, ya sea mediante vejaciones. Con tal de lograrlo, no tienen en mente ninguna otra preocupación. Regularizar la administración del Estado, satisfacer las necesidades del pueblo sometido y con-

---

<sup>15</sup> *Prolégomènes*, II, 25.

tener a los malhechores son ocupaciones en las que ni siquiera piensan. (...) Vean todos los países que los árabes han conquistado desde los siglos más remotos: la civilización ha desaparecido en ellos, así como la población; el suelo mismo parece haber cambiado de naturaleza. En Yemen, todos los centros de la población están abandonados a excepción de algunas grandes ciudades; en el Irak árabe es lo mismo; todas las hermosas culturas con las que los persas las habían cubierto han dejado de existir. En nuestros días, Siria está en ruinas; Ifriqiya y el Magreb siguen sufriendo por las devastaciones llevadas a cabo por los árabes.”<sup>16</sup>

Se deduce que su capacidad para gobernar un imperio es menor que la de cualquier otro pueblo: “Los árabes están más acostumbrados a la vida nómada que los demás pueblos; penetran más que ellos en las profundidades del desierto y, al estar acostumbrados a vivir en la miseria y a sufrir privaciones, prescinden fácilmente de los cereales y de los demás productos de los países cultivados. Independientes y hoscos, sólo cuentan consigo mismos y no se subordinan con facilidad. Cuando su jefe necesita sus servicios, esto es casi siempre para emplear en contra de algún enemigo el sentido de solidaridad que los anima. En este caso, debe saber manejar su orgullo y cuidarse mucho de contrariarlos, con el objeto de no sembrar la desunión en la comunidad, lo que podría llevarlo a su perdición y a la de la tribu. En un imperio las cosas ocurren de otra manera; el rey o sultán debe emplear la fuerza y la obligación para mantener el buen orden en el Estado. De hecho, los árabes, así como lo hemos dicho, son propensos por naturaleza a despojar a los otros hombres: ésa es su gran preocupación. En cuanto a los cuidados que deben procurarse para el mantenimiento del gobierno y del orden, eso los tiene sin cuidado. Cuando subyugan a un pueblo, sólo piensan en enriquecerse despojando a los vencidos: nunca tratan de darles una buena administración.”<sup>17</sup>

El resultado es que, salvo cuando la religión ejerce en ellos su imperio, como fue el caso a principios del islam, bajo Mohamed y los primeros califas, los árabes viven en una atmósfera de anarquía endémica y sólo pueden minar las civilizaciones sobre las que se extiende su autoridad.

---

<sup>16</sup> *Ibid.*, II, 26.

<sup>17</sup> *Ibid.*, II, 28.

Resulta curioso el estado de ánimo de Ibn Jaldún, si se lo compara con las alabanzas que los árabes se dedicaron a sí mismos en tiempos de los omeyas y con la manera en que exaltan el arabismo de nuestro tiempo. No sólo Ibn Jaldún critica a los árabes de su época y hasta a los de los tiempos pasados, sino que se muestra duro respecto de ellos, y lleva su reprobación hasta la injusticia. En efecto, él, que trata de explicarlo y comprenderlo todo, choca de frente con los árabes que lo escandalizan y lo indignan, aun cuando los admira en algunos aspectos.

“La razón de esto es”, según la fórmula que le resulta cara, que no considera la civilización como lo hacemos nosotros en esta época. Para él, magrebí del siglo XIV, sólo hay una forma de civilización, la de las ciudades con sus actividades diversificadas, sus riquezas acumuladas, sus instituciones consagradas por la costumbre, cuando no por textos escritos. Todo lo demás es salvajismo, como lo expresa. Nosotros, que pese a todo nos sentimos orgullosos de nuestra civilización y tendemos a proponerla como modelo a los demás, hemos llegado no obstante a admitir la existencia de varios tipos de civilización: civilización pastoral, civilización rural, “civilización del desierto”, como decía mi maestro Robert Montagne y quien dio este título a uno de sus libros. Muy en el fondo de nosotros mismos pensamos que todas las civilizaciones no son iguales y que hay algunas, como la nuestra, que son superiores a las demás, pero reconocemos que una civilización es un sistema cerrado en el que, al poseer un lenguaje y una representación del mundo común, sus hombres han inventado un sistema original de relaciones entre ellos, con las civilizaciones circundantes y con la naturaleza.

Ibn Jaldún no había llevado hasta este punto su análisis, tan penetrante sin embargo. Según él, los hombres oscilaban entre la civilización y la barbarie; la primera, a la que él pertenecía por completo, le parecía de manera general muy superior a la segunda. Puede sorprender que el juicio de este hombre, que apuntaba siempre hacia lo general y lo esencial, parezca particularmente contingente cuando habla de los árabes. Porque no hay ninguna duda de que es de lo que vio en África del Norte, y sólo en África del Norte, de donde saca su teoría de conjunto sobre sus congéneres. El fenómeno de los árabes en el Magreb todavía no sufría el desgaste del tiempo; aparecía en toda su brutalidad, y sus consecuencias eran evidentes para este sociólogo sagaz, tan evidentes que a veces le nublaron la vista, por más penetrante que fuera, y le inspiraron algunos

juicios tan injustos como perentorios. Pero, cuando acaba uno de inventar lo que ahora llamamos la sociología histórica, desde luego puede uno permitirse algunas metidas de pata como ésas.

Para terminar, lo que resulta necesario precisar es que si bien Ibn Jaldún condena tan vehementemente a las tribus beduinas, no cuestiona para nada a la civilización árabe, aquella en la que estuvo inmerso toda su vida y que saboreó profundamente, porque era la suya, y también porque hacerlo valía la pena.

*N.B. El presente artículo se escribió antes de que apareciera el libro de Yves Lacoste, Ibn Khaldoun. Naissance de l'histoire (París, 1966) y se publicó antes de que tuviera conocimiento de esta obra. ❧*